

## J.-P. Sartre y la cuestión del totalitarismo Notas sobre una polémica

ESTEBAN MOLINA\*

**Resumen:** En este artículo nos proponemos mostrar el lugar que ocupa el descubrimiento de los campos de trabajo forzado en la concepción sartriana de la política. Trataremos asimismo de mostrar que su concepción del poder impide captar la esencia totalitaria del régimen comunista que se estableció en la URSS a partir de 1923. Trataremos también de mostrar lo que dicha concepción debe a las discusiones con Maurice Merleau-Ponty y con Claude Lefort.

**Palabras clave:** Totalitarismo, Comunismo, Marxismo, Campos de concentración, Política.

**Résumé:** Cet essai vise à montrer le lieu que la connaissance de la l'existence des camps dans l'URSS a eu dans la conception sartrienne de la politique. On cherchera aussi bien à montrer que sa conception du pouvoir ne permet pas de concevoir l'essence totalitaire du régime communiste de l'URSS. On essaie tout de même de montrer ce que sa conception du communisme doit-elle aux discussions avec Maurice Merleau-Ponty et Claude Lefort.

**Mots clés:** Totalitarisme, Comunisme, Marxisme, Camps, Politique.

### 1. El descubrimiento de los campos

El final de la Segunda Guerra Mundial significó no sólo la liberación del régimen nazi y el logro de la paz, sino la posibilidad de volver a retomar cuestiones que quedarán aplazadas *sine die* por el comienzo de la guerra. Entre ellas la discusión sobre el significado del comunismo y la naturaleza del régimen de la URSS. El escenario de la discusión había cambiado: las dudas sobre el significado de la «democracia» y el «socialismo» soviéticos anteriores al comienzo de la Guerra, en particular entre 1934 y 1937 —periodo en que se intensifican las purgas de los traidores a la «revolución»—, parecían quedar resueltas como mal asumible de un régimen que había contribuido directamente a la liberación del verdadero enemigo: el monstruo nazi.

Sobre la forma de vida de la URSS se conocían en la Francia de la posguerra los testimonios de Boris Souvarine<sup>1</sup>, de André Gide<sup>2</sup>, de Antón Ciliga<sup>3</sup> y de Victor Kravchenko<sup>4</sup>, cuyo famoso proceso

---

Fecha de recepción: 15 septiembre 2004. Fecha de aceptación: 28 octubre 2004.

\* Esteban Molina González (E-mail:esmolina@supercable.es) es Doctor en Filosofía; autor de *La incierta libertad. Totalitarismo y democracia en Claude Lefort*, México, Cepcom, 2001 y editor de Claude Lefort, *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*, Barcelona, Anthropos, 2004.

1 Boris Souvarine, *Stalin, Aperçu historique du bolchevisme*, Paris, Plon, 1935.

2 André Gide, *Retour de l'URSS*, Paris, Gallimard, 1936 ; y *Les retouches à mon retour de l'URSS*, Paris, Gallimard, 1937.

3 Anton Ciliga, *Au pays du grand mensonge*, Paris, Gallimard, 1938.

4 Victor Kravchenko, *J'ai choisi la liberté! La vie publique et privée d'un haut fonctionnaire soviétique*, Paris, Self, 1949.

contra *Les Lettres françaises* por difamación —Kravchenko, quien había afirmado la existencia de campos de concentración en la URSS, era acusado por esa revista de mentiroso— tuvo una inesperada resonancia, que continuó con la publicación en 1950, en *Le Figaro Littéraire*, del *Código de trabajo correctivo de la RFSSR* y de los comentarios que le dedica David Rousset, superviviente de los campos nazis<sup>5</sup>.

Fue esta polémica la que disparó las plumas de Merleau-Ponty y de Sartre. Hasta 1952, la concepción sartriana del comunismo y del régimen soviético se vierte de forma indirecta en los editoriales de *Les Temps Modernes*. Como se sabe, estos eran escritos por Merleau-Ponty en calidad de redactor-jefe y codirector de facto de la revista. Hasta entonces, Sartre aceptará los planteamientos de Merleau-Ponty. Éste escribió en 1946: «El momento de la historia en que nos encontramos es equívoco; ni el capitalismo ni la revolución proletaria combaten ya a rostro descubierto, puesto que el capitalismo está inseguro de su propio futuro y es incapaz de proyectarse en una teoría positiva, y porque el marxismo, en el país donde ha triunfado, si bien permanece en el modo de producción y en la estructura económica, ha dejado de animar un política proletaria»<sup>6</sup>. Tratando de evitar en todo momento la impresión de que una crítica del régimen soviético pudiera significar un deslizamiento hacia planteamientos liberal-capitalistas concluye: «[...] Debemos de guardarnos de que nada, en nuestra acción, contribuya a frenar el movimiento proletario si renace a través del mundo. Si hay huelga tenemos que estar junto a los huelguistas. Si hay guerra civil, hay que ir con el proletariado. Hacer lo que dependa de nosotros para evitar un conflicto entre los Estados Unidos y la URSS. En suma, la política efectiva del PC. Reconstruir con el proletariado; no hay por el momento otra cosa que hacer. Simplemente haremos esta política de espera sin ilusión en los resultados que puedan esperarse de ella y sin honrarla con el nombre de dialéctica»<sup>7</sup>.

En 1950 *Les Temps Modernes* toman posición en la polémica que levanta la publicación del *Código de trabajo correctivo de la RFSSR* y los comentarios de Rousset en *Le Figaro Littéraire*. Merleau-Ponty considera que no puede mirarse para otro lado ante la realidad de las deportaciones y su legitimación política. No era posible seguir manteniendo que en la URSS los errores se combinan con signos de progreso: «Si los concentracionarios suman diez millones —mientras que en el otro extremo de la jerarquía soviética, salarios y nivel de vida son de quince a veinte veces más elevados que los de los trabajadores libres—, entonces la cantidad se cambia en calidad, todo el sistema da la vuelta y cambia de sentido y, a pesar de la nacionalización de los medios de producción, aunque la explotación privada del hombre por el hombre y el paro sean imposibles en la URSS, uno se pregunta qué razones tenemos aún para hablar de socialismo a propósito de ella»<sup>8</sup>.

Según Merleau-Ponty los números no dejan lugar a dudas: «No hay socialismo cuando un ciudadano de cada veinte está en un campo». La conclusión de Merleau-Ponty, como decimos compartida por Sartre, es que «la única crítica sana es, pues, la que se dirige en la URSS y fuera de la URSS a la explotación y a la opresión, y toda política que se define contra Rusia y localiza en ella la crítica

5 David Rousset, *Le Code de travail correctif de la R.F.S.S.R.* Paris, Le Figaro littéraire, 1950.

6 Maurice Merleau-Ponty, «Pour la vérité», *Les Temps Modernes*, enero de 1946. Recogido posteriormente en Maurice Merleau-Ponty, *Sens et non-sens*, Paris, Nagel, 1948-1966 y en nueva impresión por Gallimard, 1996 (Ed. esp. *Sentido y sin-sentido*, Barcelona, Península, 1977), p.195.

7 *Ibid.*, p. 207.

8 Maurice Merleau-Ponty, *Signes*, Paris, Gallimard, 1960, p. 428. El editorial de *Les Temps Modernes* es publicado con el título «Les jours de notre vie» y posteriormente recogido por Maurice Merleau-Ponty en *Signes*, Paris, Gallimard, 1960 con el título «L'URSS et les camps». Nosotros citamos según esta edición (Ed esp. *Signos*, Barcelona, Seix Barral, 1964).

es una absolución otorgada al mundo capitalista»<sup>9</sup>. En la iniciativa de Rousset veían esa forma de absolución. Ya no podía mantenerse aquella posición de apoyo al PC de 1945. ¿No se revelaba la complicidad del PC en el sostén de la opresión? ¿Qué hacer entonces? El único camino era la crítica; una crítica sin concesiones a toda estructura política que encubriera la explotación y la opresión, que no sólo se daban en el país del «socialismo», sino también en los países capitalistas.

El descubrimiento de los campos de trabajo forzado no fue el único elemento que mostraba al régimen comunista como un régimen opresivo de nuevo cuño, esto es, como un régimen totalitario. En 1950 estalló la guerra de Corea. Un nuevo revés a la posibilidad de pensar la URSS de otro modo que como potencia imperialista. Que Stalin considerara la guerra como inevitable, que consintiera incursiones de los norcoreanos con objeto de asegurarse posiciones estratégicas, significaba para Merleau-Ponty que no se trataba de prevenir la guerra, sino de ganarla. Estos acontecimientos tuvieron su reflejo en *Les Temps Modernes*. Merleau-Ponty era partidario de no volver a hablar de política en la revista: la palabra no podía hacer nada contra la fuerza bruta. Entre 1950 y 1952 Merleau-Ponty no habló de política en *Les Temps Modernes*. Esto atrajo bastantes críticas a la revista, pero Sartre aceptó el reto. Entretanto desembarcaron en la redacción nuevos colaboradores que no consentían crítica alguna al régimen comunista.

El nuevo punto de inflexión en la trayectoria de la revista y en la posición de Sartre respecto a la política comunista se da en 1952 con el asunto de Henri Martin —soldado que fue encarcelado por distribuir panfletos contra la guerra de Indochina— y el encarcelamiento del líder comunista Duclos —encarcelado por manifestarse contra la política de los Estados Unidos con motivo de la visita a Francia del General Ridway—: «Mi visión —escribe Sartre— fue transformada: un anticomunista es un perro, no salgo de esto, no saldré nunca. [...] Después de diez años de reflexiones había alcanzado el punto de ruptura y sólo tenía necesidad de un empujón. En lenguaje de Iglesia: fue una conversión. Merleau también se había convertido: en 1950. Estábamos uno y otro condicionados, pero en sentido inverso. Lentamente acumulados, nuestros disgustos nos hicieron descubrir en un instante, a uno, el horror del estalinismo, a otro, el de su propia clase. En nombre de principios que ésta me había inculcado [...], en nombre de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, declaré a la burguesía un odio que sólo acabará conmigo»<sup>10</sup>.

## 2. El comunismo de Sartre

La consecuencia política de esta conversión fue su defensa de la política del PC, que sólo podía sonar ya a defensa del estalinismo. Las razones de esta defensa son expuestas en la serie de artículos *Les communistes et la paix* y en su *Réponse à Lefort*<sup>11</sup>. Después de este giro, la ruptura de Sartre con Merleau-Ponty estaba servida. Se consumará en 1953, luego de varios desencuentros en la redacción y de la polémica con Lefort, de cuyo lado se situó, aunque no estuviera completamente de acuerdo con él.

<sup>9</sup> Ibid., p. 435.

<sup>10</sup> J.-P. Sartre, *Situations IV, Portraits* (Ed. esp. *Literatura y arte*, Buenos Aires, Losada) Citamos por la edición española: p. 192.

<sup>11</sup> J.-P. Sartre, «*Les communistes et la paix I*», *Les Temps Modernes*, n° 81 (1952), pp. 1-50.  
—«*Les communistes et la paix II*», *Les Temps Modernes*, n° 84-85 (1952), pp. 695-763.  
—«*Les communistes et la paix III*», *Les Temps Modernes*, n° 101 (1954), pp. 1731-1819.  
—«*Réponse à Lefort*», *Les Temps Modernes*, n° 89 (1953), pp. 1571-1629.

En *Les communistes et la paix* Sartre trata de responder, con una buena dosis de violencia verbal, a las valoraciones que tanto la derecha como la izquierda no comunista hicieron de la manifestación del 28 de mayo de 1952 contra la política del bloque atlantista, y de la huelga obrera convocada el 4 de junio de ese mismo año por el Partido Comunista y por la Confederación General del Trabajo. La manifestación era ilegal y la policía llevó a cabo una fuerte represión. La huelga para los días siguientes fue un fracaso: sólo el dos por ciento de los convocados fue a la huelga. Lo que estaba en juego era el lugar que había de ocupar el Partido en la acción revolucionaria. Hasta la segunda entrega de *Les communistes et la paix* no explicará Sartre lo que significaba para él que el Partido era la expresión «necesaria» y «exacta» de la clase. Pero en esta entrega hay un giro significativo de la cuestión: preguntar por la relación entre la clase y el Partido significa ahora preguntar por qué sin el Partido «no hay unidad de la clase, no hay acción, no hay clase»<sup>12</sup>. Sartre se apresura a traer en su defensa al Marx que dice: «El proletariado no puede actuar como clase más que constituyéndose en partido político distinto» (sic)<sup>13</sup>. Sartre es más contundente todavía: «Si la clase obrera quiere desvincularse del Partido, no dispone de otro medio que pulverizarse». El rechazo permanente del estado al que lo quiere condenar la burguesía convierte al obrero en proletario. La producción no es, pues, condición suficiente para que la masa devenga clase, es necesaria la acción, la praxis. Y ésta, a su vez, es inseparable de un aparato organizativo, de un partido. Condenar al Partido en nombre de la espontaneidad no es menos ingenuo e irritante que criticarlo en nombre de un abstracto individualismo que recurriera a la noción de derecho democrático: «Las libertades democráticas — escribe Sartre — sancionan la masificación y dan al obrero un estatuto de masa jurídica. El aislamiento de hecho deviene soledad de derecho». La libertad de criticar, de dudar, no es otra cosa que la libertad de morir de hambre. El obrero busca la integración con otros trabajadores. La autonomía obrera ha de ser pensada por el trabajador como autonomía de la comunidad, de la clase. ¿Pueden los obreros por sí mismos salir de su aislamiento, formar una comunidad proletaria? La respuesta de Sartre es terminante: «Machacado por las fuerzas burguesas, hundido por el sentimiento de su impotencia, arriñonado, ¿dónde encontraría el germen de esa espontaneidad que usted reclamaba de él antes? [...]. No se convertirá en otro hombre más que por una especie de conversión. Y esta brusca aparición de otro universo y de otro Yo, sujeto de la historia, no puede presentirla mientras permanece aplastado contra su roca [...]. Para que la acción sea en todo momento posible, es necesario que la praxis exista en el seno de las masas como llamada, ejemplo y también simplemente como una especie de figuración de lo que puede ser hecho. Dicho brevemente, es necesario que exista una organización que sea la encarnación pura y simple de la praxis»<sup>14</sup>.

El Partido viene a encarnar el saber y la ley de los hombres. De ahí deriva su autoridad, de ahí su poder: «Lejos de ser el delicioso producto de la espontaneidad obrera — escribe Sartre — el Partido se impone a cada individuo como un imperativo. Se trata de un Orden que hace reinar el orden y que da órdenes [...]»<sup>15</sup>. La crítica sólo es posible dentro del marco establecido por el Partido, lo que en la realidad significó su supresión, cuando no su puesta bajo sospecha como amenaza a la necesaria indivisión del Partido<sup>16</sup>. «Las críticas — escribe Sartre — cuando se las tolera, no emanarían de una espontaneidad o de un «instinto» revolucionario: el obrero, transformado por la organización en

12 «*Les communistes et la paix* II»; op. cit. p. 760.

13 Cfr. Marx, Estatutos generales de la AIT, en Marx y Engels, *Obras escogidas*, I, Akal, Madrid, 1975, p. 400.

14 *Ibid.*, p. 759.

15 *Ibidem.*

16 *Ibid.*, p. 761.

sujeto encuentra su realidad práctica a partir de su metamorfosis; haga lo que haga o piense lo que piense, es a partir de su conversión, y esta, por su parte, tiene lugar a partir de los cuadros actuales del Partido. Su libertad que es simplemente su poder de superar lo dado —dicho de otra manera, de actuar— se manifiesta en el marco de esta realidad dada que es la organización; forma sus pensamientos sobre los problemas que el Partido le somete y a partir de los principios que el Partido le da [...]. Diremos en una palabra que el Partido es su libertad»<sup>17</sup>.

\*

La respuesta de Lefort a las dos primeras entregas de *Les communistes et la paix* no tardó. Lefort había expresado en privado a Sartre una primera opinión sobre estas dos primeras partes y éste lo invitó a que hiciera un análisis, en forma de artículo, donde expusiera los puntos de su desacuerdo. Así surge *Le marxisme et Sartre*<sup>18</sup>. En este trabajo Lefort trata de poner de relieve el manifiesto carácter antimarxista de la concepción sartriana del proletariado y del Partido.

Si el sentido de la clase no puede establecerse sin tener en cuenta la experiencia de la producción y el significado de ésta no puede ser fijado separadamente de la experiencia que de ella tiene el trabajador, otro tanto podría decirse de las formas de organización del poder obrero, en particular, del partido. Para Lefort, el partido sería expresión de la experiencia social del trabajador y, consiguientemente, podría señalar tanto las contradicciones como el progreso organizativo de la clase. Para Sartre, por el contrario, sin partido la clase es nada, se convierte en polvo. El partido es el sujeto de la praxis. Lefort intenta mostrar que esta idea es «radicalmente antimarxista y, lo que es más grave, falsa». Cómo podría Marx, se pregunta Lefort, identificar partido y clase cuando declara la experiencia de la Comuna de París un modelo de gobierno obrero, gobierno, precisamente, carente de dirección revolucionaria. Cómo puede atribuirse aquella idea al Marx que escribe: «Nosotros hemos formulado en el momento de la creación de la Internacional la divisa de nuestro combate: la emancipación de la clase obrera será obra de la clase misma. No podemos hacer el mismo camino que aquellos que declaran abiertamente que los obreros son demasiado incultos para liberarse ellos mismos y que deben ser liberados por arriba»<sup>19</sup>. O al Marx que insiste en que «la actividad internacional de las clases obreras no depende de ninguna manera de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Esta fue solamente la primera tentativa para dotar esta actividad con un órgano central»<sup>20</sup>. Los textos de Marx dan a entender que el partido es un producto histórico de la clase, no su esencia. La clase es revolucionaria no porque una fracción de individuos le marque unos fines, tire de ella desde fuera en una determinada dirección, sino por ella misma. En la historia de la autoorganización de la clase, el partido es una experiencia entre otras, no la experiencia que define su ser. Esta posición no sólo contradice los planteamientos de Sartre, sino de todos aquellos que, como él, hacen del *¿Qué hacer?* de Lenin la vulgata del sentido de un partido revolucionario<sup>21</sup>. Si se parte de que el partido es el sujeto de la praxis, es lógico que se considere, después de la constatación de que el estalinismo es seguido por una parte importante de trabajadores, que es el partido del proletariado; o que por proceder del bolchevismo se lo considere su mejor continuador; o que al no haber sido sustituido por ninguna otra

17 Ibid., p. 761-762.

18 Claude Lefort, «*Le marxisme et Sartre*», *Les Temps Modernes*, n° 89 (1953), pp. 1541-1570.

19 Cfr. Marx, Carta a Bebel y otros, en Marx y Engels, *Obras escogidas, II*, Akal, Madrid, 1975, p. 517.

20 Cfr. Marx, Crítica del programa de Gotha, en Marx y Engels, *Obras escogidas, II*, ob. cit., p. 20.

21 V. I. Lenin, «*¿Qué hacer?*», *Obras escogidas I*, Ed. Progreso, Moscú, 1981.

organización sea suficiente para que se admita que sólo se puede combatir a su lado. Todas esas constataciones no son, sin embargo, suficientes para reducir la praxis a la acción del partido: la cuestión primordial consiste en «clarificar esta experiencia y ayudarla a desarrollarse, y no la de intentar sustituir el partido actual por otro partido que, impuesto desde fuera, tendría necesariamente las mismas características». Lefort opondrá al realismo reconciliado con el estalinismo de Sartre, la posibilidad de una auténtica crítica revolucionaria: «La actitud de Sartre es la de un empirismo en política y terminará por decirnos que la revolución es un mito y el pacifismo la única virtud del presente. Todo el mal viene de practicar el empirismo en silencio, a él no le afecta la teoría. Si hay que hablar, diremos que la política se convierte en visión del mundo y el empirismo en filosofía».

\*

La réplica de Sartre no se hizo esperar. En el mismo número en que Lefort desarrolla su crítica aparece *Réponse à Lefort*. Para Sartre, los planteamientos de Lefort son veleidades de joven intelectual burgués que juega a filósofo del proletariado: «Su proletariado no existe: no ha podido, pues, ni desaprobar a los Partidos ni tener la experiencia de sí mismo. No hay nada que aclarar, Lefort, salvo quizá las oscuras raíces de sus locuras; pero usted no está en ello»<sup>22</sup>. Con este ánimo responde Sartre a Lefort.

Según Sartre, la lucha del trabajador contra la burguesía quedaría reducida a simple presión que los trabajadores ejercerían sobre los patrones. De la lucha revolucionaria como drama que opone a cada instante a los hombres, como «guerra civil secular», no quedaría ningún rastro en Lefort. La revolución sería la consecuencia de un aprendizaje social que no tendría a priori ninguna garantía de progreso. El asunto es que el proletariado sería incapaz por sí mismo de llevar a cabo ese aprendizaje. Los continuos cambios en el sistema productivo —consecuencia del desarrollo técnico— impedirían que el obrero pudiera elevarse por encima de su existencia particular: «La influencia cultural del trabajo compartimentado es enteramente negativa, ha liquidado la cultura profesional, la habilidad técnica y ese conocimiento intuitivo del material del que el obrero profesional estaba tan orgulloso; ha arruinado la curiosidad, el interés, el deseo de instruirse; ha producido varios tipos de psicosis, embrutecido a los que no pierden completamente la cabeza: repiten el mismo gesto a lo largo del día, sueñan o cuentan en su cabeza o rumian, remachan la misma frase a cada reinicio»<sup>23</sup>. En el mejor de los casos, preguntar por el significado de la explotación necesitaría la mediación del Partido. El obrero, insiste Sartre, «no es más que un engranaje: movimientos de masa son posibles. Resistencia menos fuerte, dependencia creciente: pulsiones contradictorias. Es necesario reforzar una y debilitar la otra: es necesario un militante para ayudar a sus camaradas a definir el sentido de esta experiencia ambigua»<sup>24</sup>.

El Partido es por excelencia el depositario e intérprete de la historia. Sin él, el proletariado viviría la soledad del amnésico; él proporciona un pasado y una memoria al proletariado; él tiene las claves de interpretación de su experiencia colectiva. Es esto lo que Lefort no habría querido ver por su torpe empeño en inutilizar las mediaciones: «El Partido sólo se distingue de las masas en la medida en que es su unión. Por esta unión misma producen sus corrientes internas y es a partir de estas corrientes cuando descifra la situación de la clase y su posición presente en la lucha secular

<sup>22</sup> «Réponse à Lefort», op. cit.

<sup>23</sup> Ibid., p. 1586.

<sup>24</sup> Ibid., p. 1588.

que lleva. El Partido forma los cuadros sociales de la memoria obrera, es el esquema de su porvenir; los órganos de su acción, el vínculo permanente que lucha contra su masificación; es la perspectiva a partir de la cual el proletariado puede volver a situarse él mismo en la sociedad y tener ahora por objeto a los que hacen de él un objeto: él es la tradición y la institución»<sup>25</sup>. ¿Qué es lo que Lefort habría ofrecido a cambio? Una clase que no existe. Una autonomía proletaria que en el mejor de los casos pertenece al reino de las ideas, no a la realidad: «La clase sin los comunistas [...] es la India sin los Ingleses, el latín sin lamentos y la Revolución sin lágrimas, es la Naturaleza sin los Hombres».

Lo que le habría hecho «perder la cabeza» a Lefort habría sido la necesidad de una mediación entre la praxis revolucionaria y la producción; la necesidad de alguien que transforme en fuerza emergente la gravedad que arrastra a los trabajadores hacia el fondo; la necesidad, en fin, de que alguien transforme «el sufrimiento en reivindicación». Sartre no considera que las «locuras» de Lefort sean endosables a su falta de formación, sino a divertimentos propios de joven intelectual burgués que se interesa por el movimiento obrero, pero siempre de lejos. Para Sartre, sólo es posible hablar de la experiencia obrera si se lleva a cabo una proletarización real de la inteligencia. Pero teme que este no sea el caso de Lefort. Cuando el intelectual es arrastrado dentro del movimiento obrero, es la praxis la que decide, dicho con otras palabras, es la acción mediadora del Partido la que posibilita la vinculación del intelectual al proletariado. Sartre, en fin, encuentra en el artículo de Lefort algunas cuestiones, pero cuestiones que no tienen que ver con el proletariado, sino con los problemas que le plantea su burguesa existencia. Lefort definiría al «solipsista» o al «perfecto revolucionario».

\*

El duro ataque de Sartre no podía quedar sin réplica. Lefort envía una carta a la redacción de *Les Temps Modernes* en la que pretende aclarar los extremos sobre los que Sartre había montado su libelo. La carta tiene importancia no sólo por poner aún más en evidencia el positivismo de la concepción política de Sartre, sino por ser censurada en la redacción —lo que significa, por parte de Sartre—. La carta no sólo tardó un año en ser publicada, sino que apareció mutilada<sup>26</sup>.

Lefort insiste una vez más en que el positivismo de Sartre impide pensar la contradicción de un régimen que se dice democrático y que a la vez convierte la diferencia —escenificada en la figura de la traición—, en su mayor enemigo. La existencia del Gulag era buena prueba de ello. Todos los testimonios de que se disponía apuntaban en la misma dirección: la existencia de un régimen vertebrado por un partido que encarna poder, ley y saber, consagrado a la producción de una sociedad indivisa, homogénea, una sociedad bajo el signo de la certeza, y que pretende eliminar cualquier signo de alteridad, cualquier resquicio de indeterminación de la experiencia social.

### 3. El fantasma de Stalin

Entre el 23 de octubre y el 9 de noviembre de 1956 se levanta una parte importante de la población húngara contra la política practicada por la URSS. Apenas seis meses después de que la dicta-

<sup>25</sup> Ibid., p. 1607.

<sup>26</sup> Claude Lefort, «De la réponse à la question», *Les Temps Modernes*, n°104 (1954), pp. 157-184. Lefort no conservó copia del original y esto le impidió mostrar a sus lectores el contenido censurado.

dura de Stalin fuera condenada; de que la nueva Dirección prometiera el final del terrorismo; de que se multiplicaran los gestos de una nueva era en la política internacional y en las relaciones con las «democracias populares» europeas, los tanques soviéticos masacran a la población húngara. El acontecimiento no pasó inadvertido para ninguno de los tres<sup>27</sup>. Por lo que hace a Sartre, el acontecimiento convierte lo que iba a ser la cuarta entrega de su serie sobre el comunismo y la paz en *Le fantôme de Stalin*<sup>28</sup>.

Lo que ocurre el 23 de octubre de 1956 en Hungría respondería a una ilusión: la existencia de democracia fuera del orden producido por el Partido. Según Sartre, los insurgentes no habrían querido ver en el estalinismo otra cosa que «el instrumento feroz de la opresión soviética» (613). Error de visión: «La URSS no ha colonizado ni explotado sistemáticamente a las democracias populares. Sí es verdad que las ha oprimido durante ocho años» (654). ¿No revelaría la formación espontánea de Consejos obreros algo de la verdadera naturaleza de la «democracia» soviética? Así parece hacérsenos creer Sartre un momento: «Después del aplastamiento de la revuelta, la única fuerza viva, a la vez socialista y nacional que se opone a los rusos y a la reconstitución de la burocracia son ellos» (611). ¿No significaría esta afirmación un mentís al carácter socialista de la intervención y del régimen que la promueve? Sartre no nos permite concluirlo: «Se dice que los rusos han querido salvar la suerte mundial del socialismo. Yo lo creo. Se ha pretendido que la URSS defendía en Budapest sus intereses nacionales: esto es a la vez verdadero e injusto. Para la URSS, país socialista, los intereses nacionales no se distinguen nunca de los intereses del socialismo» (673). ¿Qué significaba entonces socialismo, qué democracia? ¿Podía criticarse la burocracia y la opresión dejando intacto a su artífice: el Partido? ¿No era el Partido, instancia en que se materializa el saber y la ley de lo social, el principio del régimen burocrático? ¿No denunciaba la existencia misma de los Consejos obreros la naturaleza antidemocrática del Estado-Partido comunista? ¿Era necesario convertir la democracia directa en un «fetiche»<sup>29</sup> para entender lo que reivindicaban los Consejos Obreros y para entender así su masacre? Es difícil responder a estas preguntas, pero en ellas no dejamos de advertir las ambigüedades de una crítica radical de la democracia «burguesa», que confundiría a Sartre con aquellos que habían renunciado hacía tiempo a cualquier ideal burgués.

27 Merleau-Ponty se ocupó de él en *Sur la destalinisation* (recogido en Signes, op. cit., pp.472-497) y Lefort en *L'insurrection hongroise* (recogido en *L'invention démocratique*, Paris, Fayard, 1994<sup>2</sup>, pp. 193-235).

28 J.-P. Sartre, «Le fânetome de Stalin», *Les Temps Modernes*, nº 129-130-131 (1956), p. 613 y ss. Los números entre paréntesis remiten a esta edición.

29 J.-P. Sartre, *Crítica de la razón dialéctica I, Cuestiones de método*, Buenos Aires, Losada, 1963, p. 30.